

## Apuntes para un contrapunteo cubano de la fruta y la vianda

*Eliseo Alberto*

**M**I ABUELA SIEMPRE DECÍA: «SÓLO A LOS ÁRBOLES QUE dan frutos les tiran piedras». Esta noche de lluvia, al empezar la fiesta de la música, la pintura y la palabra, supongo que mi presencia aquí no se deba a mis irresponsables incursiones en el campo minado de la crítica o el elogio literarios (soy un pésimo especialista en la materia), ni a mi enamoramiento por la pintura cubana (tan bien representada por Ramón Alejandro), ni a mi fanatismo sin límites por los poetas de la isla, los verdaderos líderes de la nación, ni mucho menos a mi infundada fama de bailador o de cocinero (retiro lo de infundada), sino, pienso, la amable invitación de los editores, se deba, digo yo, a mi enfermizo amor por esa Cuba republicana y criolla, potencialmente próspera, de tradiciones graciosas, también alburera, chismosa y cómica que nos hace la boca agua en todos y cada uno de los ensayos, décimas y redondillas de Orlando González Esteva. La isla de Corcho, el país de la Siguaraya, del Titingó, del dominó de nueve números, es un lugar de ampanga. Le ronca el mango. Golfá en el Golfo, caimana en el pantano, Cuba también parece, entre otras metáforas posibles, emocionales, animalistas, geográficas o gastronómicas, una cáscara de plátano en la escalera insular del Mar Caribe: el que la ignore, el que la aplaste, el que la pise, tarde o temprano se cae. Después que no digan que no lo dije.

Yo he conversado con Orlando apenas cuatro horas, con cuatro o cinco rones en la garganta, y puedo decir, sin faltar a la palabra, que lo conozco de toda la vida. Me es tan familiar el temblor de su barbilla al hablar de la isla, el brillo de la mirada, el puñetazo contra la pared, la carcajada sin miedo. Todos los días del mundo, donde quiera que lo sorprenda la mañana, hospedado en los burdeles de la noche imaginaria, él anda su país, el país de Ramón, mi paisito, de arriba a abajo, página a página, recogiendo huesos

y desenterrando versos, tesorero y sembrador. En el plato del tocadiscos se escucha un tema de Orlando de la Rosa. Tuvo que aprender el camino desde lejos. De memoria. Sin brújula. A huevos. Contra la espada. De llanto en risa. José Martí (ya iba siendo hora de citarlo para que luego no me acusen de mal hijo) nos advirtió que hay frutas que maduran en las ramas y frutas que maduran en el mercado, a palos. Así también le sucede al hombre. A algunos hombres. Palos van y palos vienen, Orlando se guió por la palma de su mano. Ahí estaba, entre líneas, el mapa que los poetas pintaron en carne viva, las rutas del amor, el destino y la muerte tatuadas con sangre, lágrimas o bilis, que a fin de cuentas todo vale con tal de tentar al pasado. Hasta la pena. El amor más tenaz es el soñado. Pide poco el poeta: una libreta de escuela, un lápiz, que haya frutas en temporada y que alguien tenga a mano una guitarra española. Una noche se pasa bajo una piedra. A la luz de un cocuyo, el muchacho de Palma Soriano lee *La Flor Oculta de la Poesía Cubana*. Viajero incansable, cartógrafo de la cultura nacional, hoy por hoy Orlando González Esteva anda de músico entre músicos y los pintores lo tienen por pintor. La mueca de angustia se volvió una sonrisa, como una tajada de melón de agua. De vuelta a casa, se sentó a escribir sobre lo que había visto y leído, a contarnos lo que probó durante la travesía. Lo hizo a su manera: la prosa limpia, de masa pura, con esa pizca de sal que fija el dulzor en el batido de mango o esa cucharadita de azúcar que espesa, por sí sola, el caldero de los frijoles dormidos. Cito: «La chirimoya, de la familia de las anonáceas, fue escogida por un clérigo del siglo XVII como la fruta idónea para avivar en los europeos moribundos ‘el deseo del paraíso’. De ahí su posterior escasez en la isla». Fin de la prodigiosa cita.

Los cubanos somos un lío. Tremendo lío. Un arroz con mango. Nos importa lo mismo chichá que limoná. Por algo, Ramón empujó a Jesús en un papalote y lo hizo flotar, crucificado, sobre el patio de una casa (¿será de Vuelta Abajo?) donde se ven, en bandejas, puros anillados e impuras encadenadas, mangos y tirapiedras, palmares y estrellas de mar. Le ronca el merequetén. No me pregunten qué rayos es el merequetén: sólo sé que es algo que le zumba la berenjena. Voy, pues, a lo que vine. Al quiribombo. En el plato del tocadiscos se escucha ahora un tema de Frank Domínguez. Quiero hablar de *Cuerpos en bandeja*. Y como no estoy enteramente de acuerdo con Orlando, o estoy de acuerdo pero quiero decir que no estoy de acuerdo para ponerle mendó a este texto, estableceré, a la manera de don Fernando Ortiz, un Contrapunteo cubano de la fruta y la vianda. Cito al propio Orlando en la Nota Inicial, más bien Portal, de su libro: «La persona que está divertida no está sola, o, por lo menos, no tiene conciencia de su soledad; ha vencido el tedio».

En el festín erótico de la nación cubana la fruta, y con ella la mujer, ocupa el centro de la mesa. No enjuicio su majestad. *Cuerpos en bandeja* demuestra el poderío: de la papaya a la piña (esa fruta loca que se cree palma), de la piña al mango, del mango a la chirimoya, de la chirimoya a la guanábana, de la guanábana al mamoncillo (qué nombre tan gracioso, mamoncillo: en México sería albur), del mamoncillo a la naranja, de la naranja al mamey y del mamey, otra vez, a la soberana papaya. Sin embargo, también habría que

mencionar la otra parte, mejor dicho la contraparte, el complemento viril del fetecún nacional: la vianda, esos tubérculos machistas y terrenales que van, en comparsa, detrás de la carroza donde a las frutas se les venera como Reinas del carnaval. No puede entenderse el Paraíso sin tentación. Entre la orgía de una ensalada de frutas y el caldo sofocante del ajiaco, emana, dulce y vaporosa, el alma cubana. Ojo: el sustantivo alma, siendo masculino, se adjetiva en femenino. En el plato del tocadiscos se escucha ahora un tema de Ernesto Lecuona, cantado, me parece, por Esther Borja. La papaya es a la fruta lo que la yuca a la vianda: reina y rey, en el trono del comedor o en la mazmorra del lavadero. La fruta se ofrece en la rama, asciende con ella: las que llegan más alto, resisten mejor a la pedrada. Mi abuela tenía razón: nadie le lanza una piedra a un marabú. La vianda vive bajo tierra, oculta, buscando ganar en profundidad. La fruta es de altura. La papaya no depende de su tamaño sino de su pulpa. La yuca no. Qué va. La yuca se mide en pulgadas. Una buena yuca es un yucón. Tremendo yucón. La fruta es bella en sí misma. La guanábana lo sabe. La naranja adorna el naranjo como aretes de gitana. Los frutereros se ven bien en el comedor. Todas las frutas juntas. Unas sobre otras. La vianda no. La vianda es tosca, bruta, más bien solitaria. El ñame parece una roca volcánica. Los vianderos se esconden junto a los lavaderos de la ropa sucia. La fruta se tumba de la rama. La naranja se tumba. Se tumba el mango. La novia de un compañero también se tumba, jamás la de un amgío: hay que dispararle primero. Tumbé la manga, decimos. Le tumbaste la novia a ese cretino, decimos. Qué bueno. La vianda no. La vianda no se tumba. Se saca. Se saca la yuca. Con las manos. El ñame se saca. La malanga se saca. Tienes que embarrarte, al menos la punta de los dedos. La fruta se muerde en estado natural, sin necesidad de procesarla, de someterla a la llama. Se desviste con los labios. Se desnuda. La vianda, en cambio, se encuera. La fruta se paladea. Se goza. La vianda no. La yuca se cocina, se calienta. Se fríe en manteca de puerco. La cáscara guarda el palo. La malanga se hierva. La fruta se come al tiempo. La vianda hace sudar. A mares. Las frutas presumen tres edades públicas (pensando en Caín, iba a decir públicas): verdes, pintonas o maduras. La vianda no. Qué va. La yuca, la malanga, el ñame, lo que tú quieras, sólo tienen dos alternativas: están blandas o están duras. No hay opción. La fruta, en el peor de los casos, se conserva en preservativos químicos. No es albur. La guayaba, en casco o mermelada. La papaya, en trozos. El coco, rallado. No es lo ideal, pero resuelve el drama de permanencia. Cuando la nostalgia aprieta la bamba del alma, cuando el hambre de un país prohibido le abre a uno un hueco en la boca del estómago, la dulce patria, aun en lata, nos endulza y alimenta. No así las viandas. La malanga dura lo que dura dura. Sí, lo reconozco, es albur. Para conservar un ñame lo mejor es enterrarlo en el patio y olvidarnos por un tiempo del cadáver exquisito. Sin una yuca, todos somos viudas. La fruta exclama: ¡Azúcar!... El tímido ñame susurra a la calabaza, donde no lo oiga la fruta bomba: ¡De tranca!... «¡Frutas!... ¿Quién quiere comprarme frutas?», pregona el canario del puesto de la esquina. El rumbero, en el traspatio del solar, dice a su compadre apesadumbrado: «Dile a Catalina que te compre un guayo, que la yuca se te está pasando».

La fruta sirve para el elogio: «¡Vaya papaya!», se lee en la tapa de un libro de Ramón Alejandro con picantoso texto de Guillermo Cabrera Infante. La vianda no. La vianda insulta: «Eres un ñame», decimos al niño que no aprendió las tablas de multiplicar. «Tienes un chopo en la cabeza». ¡Quién no se acuerda de El Bobo de la Yuca! Hoy, en la mañana, llamé por teléfono a varios compatriotas de hueso colorao y les hice esta sencilla pregunta: «¿Con quién se quiere casar El Bobo de la Yuca?» Un historiador, experto en el arte de la espera, me aseguró que con una «viudita de la Capital». Tres consultas después, un novelista, estudioso de la vida cotidiana en Rusia, me aclaró que la alegre «viudita» era la prometida del Arroz con Leche. ¡Qué tal, la muy mosquita muerta! No se dice nunca a quién amaba el tierno Bobo de la Yuca; sólo se sabe que pretende pasar la luna de miel comiendo trapo y comiendo papel.

Y termino con la espada de un plátano en la mano. Lo dejé para último, a propósito. El plátano se las trae. Lo complica todo. Hay plátano fruta y hay plátano macho. Plátano vianda, se dice en Cuba. Yo no soy un moralista, me considero, incluso, un fundamentalista de la libertad de elección, pero pienso que, puestos a pelotear el asunto, uno de los dos «se está haciendo». El resbaladizo plátano «se hace la fruta o se hace el bárbaro». Yo supongo que es el llamado vianda, que siendo fruta, preferiría ser macho. Cuando menos, es una actitud singular, aunque no atípica, en el teatro culinario de la nación. El plátano travestí se deja freír en una cama de manteca hirviente, cocinar a fuego vivo, aplastar por el mortero. Su consagración definitiva la consigue cuando le invitan a participar en un ajiaco criollo, y así logra codearse, en la cazuela con la yuca, el ñame y la malanga, sus admirados tubérculos, endulzando el caldo junto a la vieja ramera de una calabaza. Pero el eufórico plátano macho no estalla en júbilo cuando lo rellenan de picadillo, en una forma empanizada de embarazo, ni cuando lo sirven, como postre, en tentación, horneado bajo un desabillé de caramelo, ni cuando lo rebanan como galleticas de María y no falta el prejuicioso que diga, de punta a punta de la mesa, ¡Coño, Fulano, déjame por lo menos una Mariquita! No. Ése, sin duda, resulta un momento muy emocionante, intenso, casi peligroso. El plátano, por más señas verde, logra su orgasmo de felicidad cuando el guapo chef de un restaurante lo manosea, lo machuca, lo adoba en mojo de ajo, cebollas y naranjas agrias, lo hace una bolita y, entonces, ¡que suenen los cueros del tambor!, lo entrega a la mesa y los comensales dicen a coro: «¡Qué ricura! Diosito, pero que rico sabe este Fufú». Que le llamen Fufú en su propia cara, Fufú delante de todos, Fufú en la Plaza, Fufú en el mercado. Fufú, Fufú, simplemente Fufú, es el sueño de todo plátano macho: para él, el platanito Johnson se pierde lo mejor de la vida. Luego les paso la receta.

¡Levanten, pues, las copas de la pachanga, que al reloj de la poesía cubana aún le queda mucha cuerda, y brinden conmigo por Orlando González Esteva, Ramón Alejandro y sus locos editores, porque ésta es la literatura nuestra, la literatura de los que amamos a esa islita en las buenas y en las malas, en los amaneceres de aguaceros torrenciales, en las mañanas lentas y claras de los miércoles y en las tardes vagas del verano, cuando la demasiada luz forma nuevas paredes con el polvo.